

Una Habsburgo en el Portugal de los Braganza
El matrimonio de Juan V
*con la archiduquesa María Ana de Austria*¹

Virginia León Sanz

Una práctica habitual en la Edad Moderna era sellar la alianza de los Estados a través de enlaces matrimoniales. Durante la Guerra de Sucesión española, tanto la Casa de Austria como la Casa de Borbón recurrieron a esta práctica con el objeto de afianzar la adhesión de reyes y príncipes europeos a favor del Archiduque Carlos o del duque de Anjou. Las “reinas de la guerra”, salvo en el caso de la reina Ana de Inglaterra, eran reinas consortes pero participaron activamente en el juego político. Además de la reina británica², es conocido el caso de la esposa de Felipe V María Luisa de Saboya³ y, recientemente, se ha destacado el papel desempeñado por la otra reina española, esposa del Archiduque Carlos, Isabel Cristina de Brunswick⁴. También la esposa de Carlos II,

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico, Plan Nacional I+D+i (2006), HUM 2006-01580HIST: “Relaciones entre España-Austria en la primera mitad del siglo XVIII”.

² G.M. Trevelyan, *England and the Queen Anne*, Londres 1948, 3 vols.; A. Parnell, *The War of the Succession in Spain during the reign of Queen Anne, 1702-1711*, Londres 1905.

³ Ya C. Seco puso de manifiesto el papel desempeñado por María Luisa de Saboya para afianzar a Felipe V en el trono, en su “Estudio preliminar” a V. Bacallar y Sanna, marqués de San Felipe, *Comentarios de la guerra de España e historia de su rey Felipe V, el Animoso*, Madrid 1957; también, M^a A. Pérez Samper, *Poder y seducción. Grandes damas de 1700*, Madrid 2003, pp. 83-123.

⁴ J.R. Carreras i Bulbena, *Carles d’Austria i Elisabeth de Brunswick-Wolfenbüttel*, Barcelona 1902, ed. facsímil 1993, pp. 77-79; V. León Sanz, “Isabel Cristina, reina y regente en Barcelona”, en *L’aposta catalana a la Guerra de Successió*, Barcelona 2007, pp. 429-440.

Mariana de Neoburgo tuvo un lugar protagonista en la Corte de Madrid relativo a la sucesión y fue desterrada en el reinado de Felipe V por su inclinación austriaca durante el conflicto sucesorio⁵. En todo caso, el significado político de la red tejida por los enlaces matrimoniales de las Casas reales amplía el número de reinas implicadas en la cuestión dinástica, lo que hasta ahora no ha tenido una adecuada atención historiográfica.

Los meses siguientes a la instauración de Felipe V en el trono de Madrid, de acuerdo con el testamento de Carlos II, fueron de una gran actividad diplomática en Europa. Un nuevo conflicto internacional provocado por la herencia de la Monarquía Hispánica amenazaba el horizonte europeo. Luis XIV decidió el matrimonio de su nieto con María Luisa Gabriela de Saboya para asegurarse el apoyo del duque de Saboya a las potencias borbónicas en caso de que estallase, como sucedió, la guerra con el emperador. El monarca francés también había alcanzado en 1701 un acuerdo con el rey Pedro II de Portugal. En el bando contrario, la Corte de Viena, una vez se puso en marcha la Gran Alianza de La Haya entre el emperador, Inglaterra y las Provincias Unidas, orientó su actuación a consolidar a sus aliados en el Imperio y fuera de él. De igual modo que Luis XIV, el emperador Leopoldo I diseñó una política matrimonial encaminada a lograr el apoyo a la Casa de Austria y a afianzar a sus aliados. Especial atención mereció Portugal tras el cambio de bando de Pedro II, quien en 1703 firmó los tratados de Methuen y se unió a la Gran Alianza⁶. El valor estratégico de Portugal para la Alianza era de gran importancia ya que aportaba una base de operaciones a los aliados en la península⁷. En realidad, a fines del siglo XVII había quedado esbozada ya una alianza que unía, a través de las reinas consortes de la familia Neoburgo, a los Braganza con la Casa de Austria, y la Corte de Lisboa con la de Madrid y Viena: Sofía de Neoburgo contrajo matrimonio con Pedro II, Mariana de Neoburgo se casó con Carlos II y Leonor de Neoburgo fue la esposa del emperador Leopoldo I.

⁵ N. Morales, «Las maldades de Durón y sus secuaces». Austracistas desterrados a Bayona en la Corte de Mariana de Neoburgo (1706-1716)», en A. Álvarez-Ossorio, B. García y V. León, *La pérdida de Europa. La Guerra de Sucesión por la Monarquía de España*, Madrid 2007, pp. 611-630; C. Sanz Ayán, «La Reina viuda Mariana de Neoburgo (1700-1706)», que se publica en esta misma obra.

⁶ A.D. Francis, *The Methuens and Portugal, 1691-1708*, Cambridge 1966.

⁷ J.M^a Torras i Ribé, *La guerra de Successió i els setges de Barcelona (1697-1714)*, Barcelona 1999, pp. 70 y ss.

Las relaciones diplomáticas de Portugal con las principales potencias europeas en la primera mitad del siglo XVIII se orientaron de forma diferente con relación al período anterior⁸. La posición diplomática portuguesa dependió de factores de orden internacional⁹. La monarquía de los Braganza fue solicitada por las potencias para intervenir en los grandes conflictos europeos, pero Portugal debía defender sus intereses no sólo en el continente sino también en Ultramar: la defensa de Brasil y del comercio, así como las fronteras terrestres con España. Las relaciones de Portugal con la Casa de Austria a comienzos del siglo XVIII se vieron afectadas por la Guerra de Sucesión española, lo que se plasmó en los cambios de posicionamiento que adoptó la diplomacia lusitana durante la contienda¹⁰. En un principio, en 1701, se declaró aliada de España y de Francia, reconociendo al duque de Anjou como sucesor de Carlos II. En cambio, en 1703 firmó los tratados de Methuen: uno de alianza ofensiva con Inglaterra y las Provincias Unidas y otro de alianza ofensiva y defensiva con estas potencias y con la Casa de Austria. Mediante estos compromisos Portugal aceptó apoyar la candidatura del Archiduque Carlos al trono de España. Pedro II abandonaba la política de neutralidad, una decisión que tomó casi en solitario¹¹, y se implicaba en un largo conflicto internacional¹². La participación portuguesa en la Guerra de Sucesión marcó, hasta cierto punto, la dirección de la política exterior en las décadas siguientes.

Escribe el marqués de San Felipe que entre las promesas hechas a Pedro II para que se uniese a la Alianza figuraba la de desposar “al archiduque con la

⁸ Entre otros estudios, F. Bouza, *Portugal no tempo dos Filipes. Política, Cultura, Representações (1580-1640)*, Lisboa 2000; J.F. Schaub, *Portugal na Monarquia Hispânica (1580-1640)*, Lisboa 2001; R. Valladares, *La rebelión de Portugal. Guerra, conflicto y poderes en la Monarquía Hispánica (1640-1680)*, Valladolid 1998.

⁹ I. Cluny, “Estrategias políticas de la monarquía portuguesa frente a la Guerra de Sucesión española”, en A. Álvarez-Ossorio, B. García y V. León, *La pérdida de Europa...*, pp. 653-672.

¹⁰ N.G. Monteiro, “Il Portogallo e la Guerra di Successione spagnola”, *Cheiron* 39-40 (Roma 2004): *Famiglie, nazioni e Monarchia. Il sistema europeo durante la Guerra di Successione spagnola*, pp. 15-32.

¹¹ El rey portugués ponía fin a la estabilidad adquirida gracias a enormes esfuerzos humanos, militares y diplomáticos de los últimos años. T. da Cunha Ataíde, *Portugal, Lisboa e a Corte nos reinados de D. Pedro II e D. João V: memórias históricas*. Lisboa 1990, pp. 142-145.

¹² D. Francis, *The First Peninsular War, 1702-1713*, Londres 1975.

infanta de Portugal”¹³. El duque de Cadaval, contrario a romper la alianza con Francia, afirmaba que:

las maliciosas insinuaciones de casar al Archiduque Carlos con la infanta de Portugal eran artes de corte, para dar otro color más al engaño, porque esta princesa tenía solo ocho años y muchos más el Archiduque, que si era un gran príncipe por su real linaje, no se le conocían más Estados que los que le podía dar la fortuna¹⁴.

Este será el mismo argumento que esgrima unos años después la Corte de Viena para rechazar la propuesta realizada por el embajador portugués sobre el posible enlace de la archiduquesa Magdalena y el infante de la Casa Real lusitana don Francisco. En efecto, en la Edad Moderna, las bodas reales se hacían entre iguales, con hijas de reyes o príncipes soberanos. Motivos políticos, unidos a los religiosos, explican que los matrimonios regios fueran una cuestión de Estado. Aunque en estos matrimonios muchas parejas eran felices, empiezan a aparecer elementos nuevos en el siglo XVIII como el conocimiento previo. También la edad de casamiento, a veces demasiado temprana, comienza a tenerse en cuenta; se trataba de una práctica cuyas consecuencias nefastas denunció el teórico austracista Amor de Soria¹⁵.

El enlace no prosperó porque la infanta Teresa, hija del rey Pedro, murió el 16 de febrero de 1704, poco antes del desembarco del Archiduque, que había sido proclamado rey de España en 1703 en la Corte de Viena como Carlos III¹⁶. El rey de Portugal ofreció Lisboa al Archiduque para que estableciera su Corte en tanto culminaban los preparativos para la entrada del candidato austriaco en

¹³ V. Bacallar, *Comentarios...*, p. 53

¹⁴ El duque de Cadaval, que ejercía una gran influencia en la Corte de Pedro II, se puso del lado francés y se inclinaba a favor del duque de Anjou, pero había otros cortesanos partidarios de mantener la neutralidad portuguesa, véase I. Cluny, “Estrategias...”, p. 659, y J.S. Saldanha, *La diplomatie de Louis XIV a la cour de Lisbonne*, Tesis Doctoral, París 1994.

¹⁵ RAH: Amor de Soria, *Addiciones y Notas Históricas desde el año 1715 hasta el 1736*, Viena 1736, estudiado en V. León Sanz, “El conde Juan Amor de Soria: Una imagen austracista de Europa después de la Paz de Utrecht”, A. Guimerá y V. Peralta (coords), *El equilibrio de los Imperios: de Utrecht a Trafalgar*, Madrid 2005, pp. 133-154.

¹⁶ J. Bérenger, “Los Habsburgo y la sucesión de España”, en P. Fernández Albadalejo (ed.), *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*, Madrid 2000, pp. 47-68; *El Imperio de los Habsburgo, 1273-1918*, Barcelona 1993, pp. 335-355.

España. Pedro II dio orden de proporcionar al Archiduque una acogida festiva. El 5 de diciembre de 1703 se publicó al son de las trompetas que todos los habitantes de Lisboa debían iluminar sus casas durante tres días para acoger al Archiduque, bajo pena de grandes multas¹⁷. El rey Carlos llegó a Lisboa el 7 de marzo de 1704 a bordo de una flota compuesta por 28 navíos de guerra ingleses y holandeses. Una vez desembarcó, mandó a los Gentilshombres de su cortejo que cumplimentaran al rey don Pedro. El nuevo monarca español de la Casa de Austria vino a la península acompañado de los príncipes de Hesse-Darmstadt y de Liechtenstein, del marqués de Laufreni y de los condes de Ulefeld, Colorado, Althann y Sinzendorf. El rey portugués envió al día siguiente al marqués de Marialva y le ordenó que diese al Archiduque tratamiento de rey¹⁸. Recibido con todas las honras debidas a su alta posición, fue hospedado en Belém mientras se preparaba el ejército para entrar en España.

Pedro II quiso aprovechar la estancia del Archiduque, ahora Carlos III de Austria, para concertar el casamiento de la archiduquesa María Ana de Austria con el príncipe don Juan, heredero al trono portugués, que tenía quince años¹⁹. Dio los primeros pasos sobre esta cuestión don Juan de Almeida de Portugal, segundo conde Assumar, representante del rey Pedro en la Corte de Carlos III en Belém. Assumar se trasladó después a Barcelona como embajador de Portugal durante la guerra²⁰. El conde planteó el matrimonio al mayordomo mayor del Archiduque príncipe de Liechtenstein, quien dijo que se debía tratar la cuestión directamente con Viena, pero que esperase a que el rey austriaco entrase en Barcelona.

En efecto, una vez establecido el rey Carlos en la capital catalana, la Corte de Barcelona se ocupó enseguida de la propuesta lusitana e intervino de forma favorable. El 5 de noviembre de 1705 el rey Carlos informó al conde Assumar

¹⁷ *Mercurio Historico e Político*, 1703, tomo 36, cit. en Visconde de Santarém, *Quadro Elementar das Relações Políticas e Diplomáticas do Portugal con as Diversas Potencias do Mondo desde o Principio da Monarchia Portuguesa até aos Nossos Dias*, Paris-Lisboa 1842-1860; Inéditos, Biblioteca da Academia de Ciencias de Lisboa, Ms. 1551, doc. núm. 400.

¹⁸ *Gazeta de França*, 1704, núm. 13, en Visconde de Santarém, *Quadro...*, doc. núm. 406; D. Peres, *A Diplomacia Portuguesa e a Sucesao de Espanha*, Barcelos 1931.

¹⁹ A. Caetano de Sousa, *História Genealógica da Casa Real Portuguesa*, VIII, pp. 39 y ss; Fonseca Benavidas, *Rainhas de Portugal*, Lisboa 1878, II, pp. 137 y ss.

²⁰ V. León Sanz, *La Guerra de Sucesión española a través de los Consejos de Estado y Guerra del Archiduque Carlos de Austria*, Madrid 1989, pp. 99 y ss.

que el matrimonio entre la archiduquesa María Ana y el príncipe Juan era bien visto en la Corte imperial. A este respecto, enseñó al embajador una carta de su hermano, el emperador José I, que había sucedido a su padre ese año, y de su madre, la emperatriz Leonor, en la que recibían con gusto y satisfacción la propuesta, ya que serviría para estrechar la alianza entre las dos cortes²¹. Sólo faltaba que Pedro II enviase un ministro a Viena para formalizar el acuerdo. El rey portugués encargó a Fernando Teles da Silva, tercer conde de Vilar-Maior y más tarde segundo marqués de Alegrete, la negociación del acuerdo en la Corte de Viena. Pero cuando el 6 de diciembre de 1706 falleció el rey don Pedro, se paralizó el casamiento del nuevo monarca portugués. No obstante, Juan V iba a mantener en política exterior los acuerdos firmados en 1703²².

Francia no podía ver con buenos ojos este mayor acercamiento de Portugal a sus rivales y en particular a la Casa de Austria. La boda de Pedro II con Sofía de Neoburgo ya no agradó a Luis XIV, quien había propuesto a través de su embajador a una princesa francesa. El embajador galo Chateauneuf escribía en una *Instrucción* a Luis XIV que este matrimonio era una imposición de los aliados²³. Nada más lejos, con el matrimonio proyectado en vida de Pedro II, seguía Juan V la posición diplomática que su padre adoptara en los últimos años de su reinado en contra de los Borbones²⁴. El marqués de San Felipe explica de este modo también el casamiento con la archiduquesa María Ana, hermana del emperador: “para estrechar con este vínculo la amistad”²⁵. Cuando el matrimonio de Juan V con la archiduquesa María Ana de Austria fue un hecho, el rey de Portugal, a pesar de estar en guerra con Francia, participó a Luis XIV de su futuro enlace. El monarca francés disimuló su descontento y respondió con términos afectuosos²⁶.

²¹ A. Caetano de Sousa, *História Genealógica...*, p. 41.

²² N.G. Monteiro, “Indentificação da política setecentista. Algumas notas sobre Portugal no início do período joanino”, *Análise Social* 157 (Lisboa 2001), pp. 961-987.

²³ Fue embajador de Luis XIV en Portugal entre 1697 y 1703. Véase E. Brazao, *Relações externas de Portugal. Reinado de D. João V*, Oporto 1938, pp. 330-331.

²⁴ I. Cluny, “La diplomatie portugaise et la Guerre de Sucesión d’Espagne”, *Cheiron* 39-40 (Roma 2004), pp. 38-40.

²⁵ V. Bacallar, *Comentarios...*, p. 122.

²⁶ E. Brazao, *Relações externas...*, p. 332; Visconde de Santarém, *Quadro...*, V, pp. 5 y ss.

Actuación paralela de las Cortes de Lisboa y Barcelona

El segundo intento de unión entre las cortes de Lisboa y Viena se produjo en 1707, el mismo año en el que la Corte imperial, a requerimiento del rey Carlos III, decidía la esposa del candidato austriaco a la Corona de España. La Corte de Viena, una vez desechado el matrimonio con la infanta portuguesa, buscó para el Archiduque Carlos una princesa que consolidara su posición en el Imperio Germánico. Se pensó en Guillermina Carlota de Brandenburgo-Ansbach, culta y hermosa, pero de arraigadas convicciones protestantes, que se casaría con Jorge I de Inglaterra²⁷. Finalmente la candidata elegida para el rey Carlos III fue Isabel Cristina de Brunswick. La familia de Brunswick y Luneburg estaba emparentada con la casa de Hannover, cuyo heredero Jorge se convertiría a la muerte de la reina Ana en rey de Inglaterra. El filósofo y matemático Leibniz, que en esta época era bibliotecario y amigo de la familia Brunswick, apoyó el enlace en la Corte imperial²⁸.

En la elección de Isabel Cristina primó la mejora de la posición de los Habsburgo en el seno del Sacro Imperio en un momento en el que el debate sobre una mayor independencia y autonomía de los príncipes ganaba terreno²⁹. Aunque la influencia del emperador en el Sacro Imperio seguía siendo importante, su competencia efectiva era bastante limitada. Esa influencia se debía en parte a la capacidad de la Corte de Viena para distribuir honores y distinciones así como favor y protección³⁰. La Corte ofrecía la oportunidad de hacer carrera a muchos hombres de talento del Imperio, lo que al mismo tiempo tejía una densa red de intereses. El emperador Leopoldo, en opinión de su ministro Kinsky,

²⁷ P. Voltes, *Catalunya i l'Arxiduc Carles*, Barcelona 2000, p. 50.

²⁸ Leibniz colaboró a favor de la Casa de Austria en la sucesión española con escritos como *Manifiesto en defensa de los derechos de Carlos III, rey de España*, en J. Salas, *Leibniz. Escritos políticos*, Madrid 1979, pp. 35 y ss.

²⁹ P.H. Wilson, *The Holy Roman Empire, 1495-1806*, Londres 1999, p. 30.

³⁰ Sobre este tema, con carácter general, J. Martínez Millán, *Instituciones y Élites de poder en la Monarquía Hispana durante el siglo XVI*, Madrid 1992, e "Investigaciones sobre patronazgo y clientelismo en la administración", *Studia Historica, Historia Moderna* 15 (1996), pp. 83-106. También, A.M. Hespanha, *La gracia del derecho. Economía de la cultura en la Edad Moderna*, Madrid 1993.

debía aceptar la realidad: su autoridad en el Imperio no se correspondía con el prestigio del título. Después de todo, los estados alemanes mayores se habían fortalecido lo suficiente para presionar al emperador conforme a la ley y prácticas que lo regían. El proceso de territorialización se había acentuado desde la Paz de Westfalia. De ahí la importancia política de este matrimonio entre el Archiduque Carlos e Isabel Cristina.

En 1701 los hermanos Rodolfo Augusto y Antonio Ulrico de Brunswick, descontentos de la creación del electorado de Hannover, se aliaron con Francia. El emperador Leopoldo les dirigió un mandato en 1702 para que renunciaran a una unión tan perjudicial al Sacro Imperio y en contra de las cortes de Inglaterra y Prusia. El 19 de abril de 1702 Leopoldo I firmó un tratado con el duque Rodolfo Augusto por el cual el duque desistía de la alianza con Luis XIV. Con la lealtad de la familia afianzada, los emperadores Leopoldo y Leonor, conocedores de “las altas calidades” de Isabel Cristina, decidieron casarla con el Archiduque Carlos:

logrando con este vínculo cesar la oposición y serenar la inquietud clandestina que reinaba en Germania y atraer a la religión a una princesa de tanto méritos y prerrogativas³¹.

El avance aliado y las victorias de los años siguientes con el apoyo de las tropas portuguesas se vio frenado por la derrota de Almansa. Pero la causa común que defendían contribuyó a estrechar las relaciones entre Portugal y la Casa de Austria, favoreciendo la solidaridad entre ambos países. Las casas reinantes se unieron con lazos más estrechos el año siguiente, cuando Juan V se casó el 27 de octubre de 1708 con María Ana de Austria, hija del emperador Leopoldo y de la emperatriz Leonor María Magdalena de Neoburgo, lo que dio visibilidad a su alianza. Para la casa real de los Braganza, el matrimonio del rey con una de las hijas mayores del emperador elevaba y reforzaba la posición política del reino lusitano en el contexto internacional, particularmente frente a la España del duque de Anjou.

Se puede establecer una cronología paralela en la actuación de las cortes de Lisboa y Barcelona con relación a los matrimonios regios y al papel político que iban a desempeñar las respectivas reinas en el marco de una propaganda favorable a la Casa de Austria. La derrota de Almansa en la primavera de 1707 aceleró la negociación de ambos enlaces que se celebrarían en Viena en 1708 con

³¹ F. de Castellví, *Narraciones históricas*, Madrid 1998, II, pp. 492-493.

dos meses de diferencia. La decisión del Archiduque de contraer matrimonio y el traslado a Barcelona de su esposa fortalecía a la Casa de Austria como alternativa política donde las armas fracasaban. El matrimonio de la archiduquesa con el rey portugués exteriorizaba la unión de las Casas de Braganza y Habsburgo, así como de las cortes de Lisboa, Viena y Barcelona, pese al revés sufrido en la contienda peninsular.

La celebración de los desposorios organizada en la capital imperial fue similar. La ceremonia tuvo lugar, en ambos casos, en la Iglesia del Real Monasterio de Klosterneuburg y fueron oficiadas por el Cardenal primado de Sajonia-Zeitz, actuando el emperador José I en representación del rey Carlos III y de Juan V³². Isabel Cristina se desposó el 23 de abril³³, mientras que María Ana lo hizo el 9 de julio³⁴. La boda de Isabel Cristina se desarrolló con gran esplendor, como correspondía al enlace de un rey de España. La Corte imperial destinó 321.669 gulden a los actos y al viaje³⁵. En el caso de María Ana de Austria se debe destacar no sólo la grandiosidad habitual de la Casa de Austria en este tipo de ceremonias sino el interés de Portugal por mostrar al emperador y a sus aliados su magnificencia. La embajada portuguesa causó una gran sensación en Viena. Ya antes de la celebración del matrimonio, el día de la pedida de mano de la archiduquesa, hubo una gran fiesta en la Corte imperial, seguida de un banquete espléndido y magnífico que dio en su palacio el embajador portugués y a continuación varios divertimentos, con fuentes de vino, a las que se lanzaron un gran número de monedas de plata³⁶.

Por último, las dos reinas pudieron llegar a su destino gracias a la Armada inglesa: ambos matrimonios tienen lugar en la particular coyuntura política de la Guerra de Sucesión. En un principio se pensó que Isabel Cristina hiciera el

³² F. de Castellví, *Narraciones históricas...*, II, pp. 493-495.

³³ *Relación de los reales desposorios de sus Majestades y demás funciones ejecutadas en Viena hasta el día que partió la Reina nuestra Señora (Dios le guarde) para Italia, la cual se ha traducido de idioma alemán, en el español; y Diario del viaje de Su Majestad hasta Milán, Barcelona 1708.*

³⁴ *Mercurio Histórico e Político*, 1708, tomo 45, p. 29, cit. en Visconde de Santarém, *Quadro...*, doc. 455.

³⁵ F. de Castellví, *Narraciones históricas...*, II, pp. 493-495.

³⁶ *Mercurio Histórico e Político*, 1708, tomo 45, p. 29, cit. en Visconde de Santarém, *Quadro...*, doc. 455.

viaje con la archiduquesa María Ana de Austria, pero se temió que algunos territorios no le dieran el trato de reina como a la archiduquesa y se decidió que fueran por separado:

Habíase determinado que partiese el 9 de marzo, pero como también había de pasar a Lisboa la archiduquesa María Ana de Austria, hermana del emperador y mujer ya del rey de Portugal, querían enviarlas juntas; pero se reparó luego que los príncipes italianos no tendrían dificultad en tratar a la archiduquesa como reina, pero sí a la mujer de Carlos, porque éste no estaba reconocido por rey en Italia, sino solamente por el duque de Saboya y para embarcarse era preciso pasar por los estados de Venecia y Génova y así para evitar este desaire a la princesa Isabel, se mudó de idea ³⁷.

En todo caso, el valor político de ambas reinas se pone ya de manifiesto durante el camino emprendido hacia sus respectivas cortes.

La narración de la Jornada de Isabel Cristina desde Viena a Barcelona constituye un magnífico testimonio sobre la capacidad de propaganda de la Casa de Austria ³⁸. Desde el inicio de las hostilidades, la propaganda debió transformarse, pasando de la representación a la confrontación en los dos bandos. Como Felipe V ³⁹, su rival el Archiduque Carlos durante la contienda dinástica tampoco descuidó un instrumento tan eficaz y bien probado como la publicística ni la participación en ceremonias a favor de su candidatura ⁴⁰. La reina española tomó rumbo al sur, cruzó el Tirol y llegó a Italia: entró en Venecia, en Milán y se embarcó en Génova con destino a Barcelona. Su traslado a la Ciudad Condal se utilizó para contribuir a la adhesión de los territorios italianos a la causa austriaca, se quedasen o no bajo la órbita española, ya que los súbditos

³⁷ V. Bacallar, *Comentarios...*, p. 154.

³⁸ V. León Sanz, "Jornada a Barcelona de Isabel Cristina de Brunswick, esposa del Archiduque Carlos (1708)", en *Estudis* 33 (Valencia 2007), pp. 93-114.

³⁹ Disponemos de estudios sobre la imagen de Felipe V, como los de Y. Bottineau, M. Morán o M. Torreone, entre otros. Con carácter general, C. Martínez Shaw y M. Alfonso, *Felipe V*, Madrid 2001; R. García Cárcel, *Felipe V y la opinión de los españoles*, Barcelona 2002.

⁴⁰ La Casa de Austria tenía una larga experiencia, F. Edelmayer, "La Casa de Austria. Mitos, propaganda y apología", en A. Alvar, J. Contreras y J.I. Ruiz Rodríguez (eds.), *Política y Cultura en la Edad Moderna*, Alcalá de Henares 2004, pp. 17-28.

de aquellos dominios desconocían el pacto de 1703 impuesto por el emperador Leopoldo a sus hijos, que incluía la cesión de Milán a Viena ⁴¹.

La archiduquesa María Ana siguió un itinerario parecido al de su hermano el rey Carlos cuando viajó a la península: atravesó los diferentes estados del Sacro Imperio, llegó a Holanda, se embarcó en un navío británico e hizo escala en las costas inglesas, con destino a Lisboa. El diseño del viaje de la archiduquesa no fue arbitrario. El recorrido respondía a los intereses de las cortes de Viena y Lisboa, ya que la nueva reina portuguesa de la Casa de Austria atravesaba territorios aliados y servía de propaganda tanto para Viena entre los príncipes del Imperio y sus aliados, como para el país lusitano, que enlazaba con este matrimonio con la Casa de Austria y elevaba su importancia en el seno de la Alianza.

La embajada portuguesa a la Corte imperial

Juan V mantuvo la designación del conde de Vilar Maior como ministro para llevar a cabo las negociaciones de su matrimonio en Viena y para acompañar a su nueva esposa a Portugal. El hermano del embajador portugués en Utrecht tenía también la misión de cumplimentar al nuevo emperador José I, que había sucedido a su padre Leopoldo en 1705 en el Sacro Imperio. En el archivo de la Casa de Tarouca se encuentran las *Instrucciones* que llevó el embajador portugués a la Corte austriaca, compuestas de 42 artículos ⁴². Francisco de Fonseca, un jesuita que acompañó a Vilar Maior a Viena, ha dejado un interesante trabajo sobre la embajada del conde relativa al casamiento de Juan V con la archiduquesa María Ana y del viaje de la nueva soberana desde la Corte imperial hasta su nuevo país, Portugal ⁴³. Su obra reviste un particular interés ya

⁴¹ V. León Sanz, *Carlos VI. El emperador que no pudo ser rey de España*, Madrid 2003, pp. 51 y ss.

⁴² Arquivo da Casa de Tarouca, *Códice contendo documentos referentes aos casamentos de D. Pedro II y D. Joao V*, cit. por E. Brazao, *Relações externa...*, pp. 332-345.

⁴³ Hay diferentes biografías publicadas sobre este jesuita, especialmente, el artículo de J. Silvestre Ribeiro, "A Embaixada do Conde de Vilar-Maior...", *Jornal de Comercio* (Lisboa 12.X.1866). También D. Barbosa Machado *Biblioteca Lusitana*, Lisboa 1741-1758, II, pp. 377 y ss; I.F. da Silva, *Diccionario Bibliographico Portuguez*, Lisboa 1858, II, p. 377.

que a lo largo de su viaje escribió sobre los diferentes lugares a los que llegaba el cortejo regio, dejando un curioso testimonio sobre la Europa de comienzos del siglo XVIII, una costumbre habitual en otros viajeros de la época, especialmente militares o embajadores ⁴⁴.

A diferencia de las crónicas y fuentes sobre la Jornada de Isabel Cristina a Barcelona, la de Fonseca apenas repara en la figura de la reina. El escrito persigue un claro objetivo político de reputación. Por un lado, manifestar el poderío y la magnificencia de Portugal y en este sentido, la obra de Fonseca muestra una embajada planteada como propaganda del reino lusitano. Y por otro lado, pero en la misma línea, se recoge el respeto de los aliados hacia el rey de Portugal. Así, hace hincapié en las deferencias que tuvieron la reina Ana y el emperador José con el embajador y con la archiduquesa María Ana como mujer de Juan V. El conde de Vilar Maior fue el embajador extraordinario que pidió a la archiduquesa en casamiento en 1708 ⁴⁵. Pero llevaba otra misión no menos importante, la de conseguir ayuda y refuerzos para la guerra de España en la Corte de Londres.

El conde de Vilar Maior partió rumbo a Inglaterra el 25 de septiembre de 1707 con una numerosa comitiva de noventa y dos personas a bordo de una flota de navíos mercantes apoyada por fragatas de guerra inglesas ⁴⁶. El séquito portugués se componía de Gentilshombres, acompañados de reposteros y criados, además de los jesuitas Francisco de Fonseca y el hermano Juan Lopes, así como del secretario Antonio Rodrigues da Costa.

⁴⁴ J.M. Díez Borque, *La sociedad española y los viajeros del siglo XVII*, Madrid 1975; C. Martínez Shaw, R. García Cárcel, E. Serra y otros, “Viatgers per Catalunya: des diplomàtics del Renaixement als somniadors del Romanticisme”, *L’Avenç* 51 (1982), pp. 46-73; M^a V. López-Cordón, “Historia, sociedad y carácter: la evolución de la imagen de Cataluña en los libros de viajes entre el siglo XVII y el XVIII”, *Pedralbes. Revista d’Historia Moderna* 18-I (Barcelona 1998), pp. 336-339; véase también el estudio preliminar de V. León Sanz en D. Defoe, *Memorias de guerra del Capitán George Carleton. Los españoles vistos por un oficial inglés durante la Guerra de Sucesión*, Alicante 2002, pp. 20-31.

⁴⁵ *A Embaixada do Conde de Vilar-Maior, Fernando Telles da Sylva, de Lisboa à Corte de Vienna e viagem da Rainha Nossa Senhora D. Maria Ana de Austria de Vienna à Corte de Lisboa com hua sumaria noticia das Províncias e Cidades por onde se fez ajornada*, Viena 1717, escrito por el padre Francisco de Fonseca; cit. E.A. Strasen y A. Gándara, *Oito Séculos de História Luso-Alemá*, Lisboa 1944, p.204.

⁴⁶ E. Brazao, *Relações externa...*, pp. 350 y ss.

Después de cuarenta y cinco días de navegación, desembarcaron el 5 de noviembre en Porstmouth, donde el embajador fue recibido por el enviado de la plaza John Hibson, quien tenía orden de la reina Ana de hospedar al embajador con todo tipo de demostraciones de afecto y honores. El conde de Vilar Maior fue a palacio, donde recibió las honras militares que se acostumbraban ofrecer a las personas reales. Unos días después, Vilar Maior se trasladó a Londres, donde entregó una carta de Juan V a su embajador en la capital inglesa, Luis da Cunha. Fonseca compara la limpia e iluminada capital londinense con Lisboa, una ciudad sucia y oscura, de comienzos del siglo XVIII ⁴⁷.

Acompañado por Luis da Cunha, Vilar Maior fue recibido por la reina Ana en el palacio de Kensington. El embajador extraordinario expuso a los soberanos ingleses los motivos de su viaje. Llevaba tres peticiones: una mayor asistencia inglesa en la guerra, tras el varapalo que había supuesto la derrota de Almansa a los limitados recursos portugueses; una armada segura para trasladar a la futura reina María Ana a Lisboa; y una embarcación que le condujese hasta Holanda. Las peticiones fueron bien acogidas por la reina Ana y las dos últimas fueron concedidas de forma inmediata. Respecto a la primera petición, la reina Ana manifestó al embajador que el Parlamento trataría del aumento de subsidios, hombres y dinero para Portugal. A medida que se alargaba la contienda sucesoria española, la situación para Portugal se hacía más compleja. En 1709 Juan V envió a Londres a Juan Gomes de Silva, conde de Tarouca, para alcanzar algunos subsidios debido a las graves dificultades de Portugal por la larga duración del conflicto dinástico ⁴⁸. Antes de dejar Inglaterra, el conde de Vilar Maior asistió a la ceremonia de apertura del Parlamento británico por la reina Ana. Un mes después de llegar a tierras británicas, el 5 de diciembre el conde se embarcó con destino a Holanda. Fonseca llama la atención sobre el hecho de que la nave que prestó la reina inglesa había servido de transporte a Guillermo III, al rey Carlos III de Austria y ahora el conde de Vilar Maior. A lo largo del escrito, el jesuita se esfuerza por hacer notar la sólida posición de Portugal y de Juan V en el contexto internacional y su prestigio, así como la capacidad política del pequeño territorio independizado de España.

⁴⁷ E. Freire de Oliveira, *Elementos para a história do município de Lisboa*, Lisboa 1904, X, p. 416, y F. Bouza, *Portugal no tempo dos Filipes...*, pp. 161-164.

⁴⁸ En 1710, Portugal ya no podía mantener sus tropas en el Principado, V. León Sanz, *La Guerra de Sucesión...*, pp. 437 y ss.

En las Provincias Unidas, la embajada de Vilar Maior se detuvo en La Haya, en Leiden y en Amsterdam. Parte de la comitiva se dirigió vía Francfort a Viena. El embajador pasó por los dominios del príncipe de Orange y del rey de Prusia. Luego atravesó Osnabruck, Hannover y descansó en Wolfenbüttel, donde Fonseca alaba los soberbios palacios. Siguió camino hacia Sajonia, pasando por Leipzig pero sin llegar a Dresde, sede de la Corte del duque de Sajonia. Ya en Bohemia, Fonseca quedó maravillado de Praga: “una de las ciudades más bellas de toda Europa y de las que vimos”⁴⁹. Cercano a Viena, comenzaron las demostraciones públicas de la Corte imperial. Salió a recibir a Vilar Maior el conde de Keyssel, conocido en la Corte de Lisboa tras su reciente estancia en el reino lusitano formando parte del séquito del Archiduque Carlos y durante la cual recibió la honra de Caballero y comendador de la Orden de Cristo. El conde cumplimentó al embajador y lo acompañó hasta la capital imperial.

El conde de Vilar Maior llegó a Viena el 23 de febrero de 1708, es decir, cinco meses después de su salida de Lisboa. Parece que la capital imperial deslumbró a Fonseca. Según escribió, todas las casas parecían palacios; detalla el lujo de los trajes, la grandeza de los coches, que continuamente pasaban por las largas calles de una ciudad iluminada por 1022 linternas así como el soberbio Teatro de las Comedias⁵⁰. El embajador fue recibido con todos los honores por el emperador. José I invitó al emisario portugués a un convite y a asistir a un baile de Carnaval. Además dio audiencia particular al conde, algo que sólo se concedía antes de hacer entrada pública a los diplomáticos de la Casa de España por los estrechos lazos de parentesco que les unían.

El conde Waldstein, que había sido embajador en Lisboa y era consejero de Estado de su Majestad Cesárea, fue el ministro imperial nombrado para la negociación del matrimonio regio. En un principio José I había destinado al Canciller conde de Sinzendorf, del Consejo Áulico, de quien la Corte de Lisboa poseía una alta consideración; según escribía Fonseca, se trataba de un ministro de gran talento que tenía un particular aprecio a la nación portuguesa, pero se hallaba enfermo aquellos días.

Las instrucciones de Vilar Maior consistían en concertar un doble matrimonio: Juan V con la archiduquesa María Ana, segunda hija de Leopoldo I y Leonor y el infante don Francisco con la archiduquesa María Magdalena, la hija

⁴⁹ F. de Fonseca, *Embaxada...*, pp. 185 y ss.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 296.

menor de los emperadores. María Ana Josefa, había nacido en Linz el 7 de septiembre de 1682; tenía por tanto 25 años cuando el embajador portugués pidió su mano y 26 cuando se casó en Lisboa con Juan V. Tenemos un retrato de las cualidades de la futura reina de Portugal: de María Ana se destacan sus virtudes, sus capacidades, su modestia y también su hermosura, cuya belleza, superior a la de todas sus hermanas, es comparada con el Sol que brilla con luz propia en el firmamento de las estrellas. Era conocida en su época por ser una princesa muy devota, hermosa y culta. María Magdalena también aparece adornada de singulares prendas. Sin embargo, en la Corte imperial se consideró que era todavía pequeña para que contrajera matrimonio porque tenía 19 años, aunque no parece que la edad fuera el único motivo para que los austriacos rechazaran el enlace. El emperador transmitió al embajador portugués que era costumbre de la Casa de Austria dar a sus hijas en casamiento a príncipes absolutos o que gobernasen sus estados, una particularidad que no se cumplía por el momento con el infante don Francisco. Se puso como pretexto la delicada salud de la archiduquesa y que los médicos desaconsejaban un viaje tan largo que podía poner en peligro su vida. Vilar Maior insistió en el doble matrimonio, pero la Corte de Viena pidió una demora de uno o dos años para que la archiduquesa se restableciese y para dar tiempo a que en este período hubiera un reino, como Cerdeña o algún dominio semejante, para que el infante pudiera ser señor absoluto e independiente⁵¹. José I prometió que mandaría en breve al obispo de Lubiana a Lisboa para tratar de este segundo enlace. No sorprende, por conocida, la propuesta imperial. El emperador estaba informado de los planes de la Corte austracista española sobre la expedición prevista para la conquista de Cerdeña, que sucumbió a la armada inglesa unos meses después, en agosto⁵². Como en 1703, en función de los acuerdos auspiciados por Leopoldo I entre sus hijos José y Carlos, previa a la proclamación de éste último como rey de España, la Corte imperial seguía disponiendo de los dominios de la monarquía

⁵¹ F. de Fonseca, *Embaxada...*, p. 300.

⁵² La Corte austracista en España había contemplado la conquista de Cerdeña en noviembre de 1706 y el rey Carlos escribió una carta al almirante Shover el 26 de febrero de 1707 instando a la rendición de aquel reino, aunque no fue hasta el verano de 1708, en agosto, cuando se llevó a cabo la empresa, F. de Castellví, *Narraciones históricas...*, II, pp. 549 y ss. y 581; Ll. Guía, “Ruptura i continuïtat de la Corona d’ Aragó a Sardenya arran de la Guerra de Successió”, en *L’aposta catalana...*, pp. 403-414.

hispana, lo que atentaba tanto a los intereses de los españoles como del propio rey Carlos III ⁵³.

El tratado matrimonial de Juan V con la archiduquesa no se firmó oficialmente hasta el mes de mayo de 1708, siguiendo la costumbre de la época, una vez que se pidió la mano de María Ana oficialmente. Cuando terminaron las conferencias, Vilar Maior asumió su carácter de embajador de Juan V y, a partir de este momento, el conde se esforzó por mostrar la magnificencia del rey de Portugal de forma incluso ostentosa para prestigiar la posición de su país en el seno de la Alianza ⁵⁴. El embajador organizó dos espectáculos a los que asistió la Corte imperial que sorprendieron por su opulencia. Los documentos que se conservan en el archivo de los Condes de Tarouca contienen interesantes detalles de la entrada oficial del embajador portugués en Viena, de la audiencia oficial concedida por el emperador el 27 de junio y de algunas de las más grandiosas fiestas que siguieron a la pedida de la mano de la archiduquesa María Ana de Austria ⁵⁵.

El conde de Vilar Maior culminó los preparativos para conducir a la archiduquesa a su nueva patria. La comitiva salió de Viena el 7 de julio de 1708, unos dos meses después que Isabel Cristina. La Corte imperial despidió con toda solemnidad a la embajada portuguesa: el emperador, las dos emperatrices y las tres archiduquesas con sus damas, flanqueados por un cuerpo de caballería y una compañía de granaderos que acompañaron a la archiduquesa. María Ana de Austria se bajó en la catedral de San Esteban y se acercó a la imagen de la Virgen que se venera en aquella catedral. La archiduquesa no pudo reprimir las lágrimas que le asaltaron en aquel emotivo momento. En las fuentes manejadas podemos encontrar algunas referencias sobre la piedad de María Ana, pero en

⁵³ Leopoldo trató de armonizar los intereses de sus dos hijos, llamados a asumir la doble aspiración de la Casa de Austria en Italia y en España, y promovió una serie de acuerdos, sellados en el mes de septiembre: José y Carlos rubricaron delante de su padre un acuerdo familiar secreto por el cual la Augustísima Casa apoyaría las aspiraciones de Carlos a la Corona de España a cambio de ceder éste el Estado de Milán y el marquesado de Finale a José, V. León Sanz, *Carlos VI...*, pp. 43-55; L. & M. Frey, *A question of Empire. Leopold I and the War of Spanish Succession*, Nueva York 1983, p. 67.

⁵⁴ E. Brazao, *Relações externas de Portugal...*, p. 369.

⁵⁵ Arquivo da Casa de Tarouca, *Códice contendo documentos referentes aos casamentos de D. Pedro II y D. Joao V*; véase el fragmento recogido en E. Brazao, *Relações externas de Portugal...*, pp. 369-387.

modo alguno se extienden en probar la catolicidad de la Archiduquesa, a diferencia de Isabel Cristina ⁵⁶.

Faltaba la celebración de los esponsales en el monasterio de Klosterneuburg, aunque la archiduquesa ya no regresaría a Viena. El 9 de julio se celebró el casamiento de Juan V con María Ana de Austria. El emperador representó al rey portugués. Al finalizar la ceremonia, la nueva reina atravesó el Danubio en un puente construido para la ocasión. Al día siguiente se despidió de su madre y de sus hermanos, que regresaron a Viena. El día 11 por la mañana inició el camino hacia su nueva patria, siendo su camarera mayor la austriaca condesa de Torre. La comitiva quedó constituida por 300 personas ⁵⁷. Abría el cortejo un oficial de posta para indicar el camino, seguido de los hombres de Cámara del emperador, entre los que figuraba el conde de Keyssel. En otra carroza iban el conde Par y el obispo de Lubiana, embajador del César. Pajes, lacayos, damas y padres confesores completaban la expedición portuguesa.

Durante el viaje, la nueva reina fue honrada con diferentes festejos y recibió numerosas atenciones, especialmente mientras atravesó los dominios de la Casa de Austria. De Moravia pasó a Bohemia, donde asistió a fiestas deslumbrantes que se hicieron en honor de la nueva reina y de la hermana del emperador. La comitiva se detuvo tres días en Praga y la reina asistió a la representación de una tragicomedia en el Colegio de la Compañía de Jesús. Nada se dejaba al azar. Como en el caso de Isabel Cristina, la Casa de Austria aprovechó la Jornada de la archiduquesa como propaganda, con una brillante utilización de la imagen y de la representación. Si con el viaje de Isabel Cristina se pretende afianzar la lealtad de los dominios italianos a los Habsburgo, el de María Ana de Austria cumple una misma finalidad, pero con los príncipes del Imperio ⁵⁸. La comitiva llegó a Sajonia, cuyo duque se puso “a disposición y servicio” de la mujer de Juan V.

La archiduquesa pasó por los lugares que había recorrido Vilar Maior en su viaje de ida a Viena. En Wessel esperaba a la reina Francisco de Sousa Pacheco, embajador de Juan V en las Provincias Unidas, que la acompañó por Holanda. Aquí, el conde de Vilar Maior escribió al emperador José una carta dándole noticias de la reina y del viaje. José I le respondió el 5 de septiembre agradecido

⁵⁶ V. León Sanz, “Jornada a Barcelona de Isabel Cristina...”, pp. 104 y 108.

⁵⁷ F. de Fonseca, *Embaxada...*, pp. 351-356.

⁵⁸ V. León Sanz, “Jornada a Barcelona de Isabel Cristina...”, pp. 98-100.

de la dedicación mostrada a su hermana ⁵⁹. El 15 de agosto entró en Róterdam. Una multitud de gente, según Fonseca, acudió a la playa para ver a la reina, en medio de las salvas de la artillería: “fue uno de los espectáculos más bellos que tuvimos en toda la Jornada” ⁶⁰.

El cortejo se trasladó a La Haya, donde la reina se alojó en el palacio del embajador portugués en Holanda. Con cierta impaciencia, Fonseca afirma que esperaba la pronta llegada de los barcos ingleses, ante el temor de que se echara encima el invierno. El 27 de agosto entraron en el puerto las fragatas y navíos de guerra que debían trasladar a la reina a Porstmouth. Al frente de la expedición inglesa estaba el coronel Gadfrey, cuñado del duque de Marlborough, quien cumplimentó a la esposa de Juan V. Como José I, también los ingleses se esmeraron en cuidar a su valioso aliado portugués ⁶¹. El tiempo no acompañó la travesía hacia Inglaterra. Fonseca describe la fuerza de las tormentas. Al tercer intento salieron por fin de Holanda y arribaron en Porstmouth el 5 de octubre. Esperaba a la reina el embajador don Luis da Cunha y su familia, vestida lujosamente en su honor. Poco después María Ana de Austria recibió al duque de Grafton, enviado por la reina Ana para agasajarla.

Entretanto, se preparaba la Armada que debía conducir a la archiduquesa a Portugal. Fonseca reproduce la relación de los dieciocho barcos, el nombre de los capitanes así como su tripulación y tonelaje ⁶². El 18 de octubre la armada salió con destino a Lisboa y avistó tierras portuguesas el 23, en la costa de Viana. La Casa real portuguesa elaboró unas *Instrucciones* el 21 de octubre relativas al desembarco de la reina y un piloto se las entregó al conde de Vilar Maior ⁶³. La marquesa de Unhao debía sustituir a la condesa de Torre como camarera mayor de la reina ⁶⁴.

⁵⁹ Arquivo da Casa de Tarouca, *Códice...*

⁶⁰ F. de Fonseca, *Embaxada...*, p. 405.

⁶¹ H.E.S. Fisher, *The Portugal Trade: Study of Anglo-Portuguese Commerce, 1700-1770*, Londres 1971; E. Prestage, *Portugal and the War of the Spanish Succession*, Cambridge 1938; J.B. Hattendorf, *England in the War of the Spanish Succession*, Nueva York 1987; B.P. Lenman, *Britain's Colonial Wars, 1688-1783*, Londres 2001.

⁶² F. de Fonseca, *Embaxada...*, pp. 464 y ss.

⁶³ *Ibidem*, p. 469.

⁶⁴ Arquivo da Casa de Tarouca, *Códice...* Con carácter general, M.P. Lourenço, *Casa, Corte e Património das Rainhas de Portugal (1640-1754)*, Tesis Doctoral, Lisboa 1999, 4 vols.,

El 25 de octubre la armada pasaba entre Berlengas y Peniche y fue saludada con salvas de artillería y por la noche llegó a la bahía de Cascais. No son muchos los testimonios personales que ha dejado Fonseca sobre la reina, pero no pudo evitar referirse a los inconvenientes del viaje. Aunque el 26 ya estaba la flota en la ensenada de San José, se anunció que el desembarco sería el día siguiente para que la reina estuviese más descansada debido a las molestias que había sufrido durante la travesía.

La embajada del conde de Vilar Maior había durado trece meses, a lo largo de los cuales había visitado Inglaterra, Holanda y el Sacro Imperio en nombre de Portugal y en este tiempo había sido reconocido y respetado por su magnificencia, y había dado visibilidad al pequeño reino lusitano. Juan V premió los servicios prestados por el conde de Vilar Maior: le concedió el título de marqués de Alegrete y Comendador del Río Mayor y después lo nombró Consejero de Estado y Veedor de la Real Hacienda ⁶⁵.

La nueva reina de Portugal María Ana de Austria tomó tierra con toda pompa y honores el 27 de octubre de 1708. La recepción se llevó a cabo con suntuosidad. Fue recibida fastuosamente en Lisboa. Música, cantos, arcos de triunfo o esculturas realizadas con maestría entusiasmaron a la reina y a sus acompañantes. Las luminarias daban un especial encanto a la ciudad por la noche. También la maquinaria teatral se puso en funcionamiento con representación de comedias en los grandes patios. Los festejos públicos, que duraron tres días, deslumbraron a la Corte y al pueblo de Lisboa ⁶⁶. Los espectáculos organizados por la Casa Real agasajaban a la reina, pero también servían para alegrar a una ciudad y a un país inmerso en una guerra cuyas ventajas para Portugal no parecían claras y sí los inconvenientes y las dificultades. También la Corte de Barcelona del rey

y “A Casa das Rainhas e a formalização da sociedade de corte (1640-1754): etiqueta, cerimónias e práticas rituais”, *Biblos: Revista da Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra* 78 (Coimbra 2002), pp. 301-332; F.Labrador, “La Casa Real Portuguesa en tiempos de Felipe II (1581-1598), en J. Martínez Millán y S. Conti (eds.), *La monarquía de Felipe II: la casa del Rey*, Madrid 2005.

⁶⁵ E. Brazao, *Relações externas de Portugal...*, p. 397.

⁶⁶ Caetano da Sousa da noticia pormenorizada de los grandes festejos que tuvieron lugar en Lisboa ante la llegada de la reina María Ana de Austria. La reina llevó un coche, regalo de su hermano José I, que se conserva en el Museo de Belém, en *Historia Genealógica da Casa Real Portuguesa*, Coimbra 1952, 2ª ed., VIII, n. 56, p. 398.

Carlos III, informada por el embajador de Portugal, conde de Assumar, celebró la noticia del arribo de María Ana en tierras lusitanas. El rey Carlos ordenó unas luminarias para festejar la llegada de su hermana a la península⁶⁷.

Con este matrimonio, Juan V consolidaba su posición en la Gran Alianza y colocaba a Portugal abiertamente en el lado de los que combatían a Francia y a la España de Felipe V; asimismo, estrechaba las relaciones de la Corte de Lisboa con la de Viena y con la de Barcelona⁶⁸. El rey portugués reforzó su presencia en la Corte de Barcelona con la participación del Conde de la Atalaia en el Consejo de Guerra después de la derrota de Almansa. El rey Carlos III en 1708 insistió en respetar los proyectos de Juan V en el conflicto sucesorio⁶⁹. Los beneficios para Portugal de su alineamiento con la Casa de Austria y las potencias marítimas fueron limitados⁷⁰. Cuando ingleses y franceses iniciaron su acercamiento en 1711, el candidato a la Corona de España, ahora emperador Carlos VI, poco después de acceder al trono imperial, escribió a Juan V desde Francfort para que ambos trabajaran juntos para asegurar “una ventajosa paz”⁷¹.

Finalizada la guerra, Portugal y Austria impulsaron una colaboración que se esforzaron en mantener hasta que surgieron antagonismos políticos inevitables derivados de los intereses divergentes de las respectivas cortes, marítimos y comerciales en el caso de Portugal y continentales y mediterráneos en el de Austria. En el esquema posterior a Utrecht, Portugal defendió una política de independencia peninsular de España y de entendimiento con los adversarios y rivales de la Corte de Madrid⁷². Los compromisos internacionales de Portugal

⁶⁷ F. de Castellví, *Narraciones históricas...*, III, pp. 248 y ss.

⁶⁸ V. León Sanz, *La guerra de Sucesión española...*, p. 100; D. Francis, *The First Peninsular...*, p. 265.

⁶⁹ V. León Sanz, *Carlos VI...*, pp. 128 y ss.

⁷⁰ Sobre Utrecht, L. Bely, *Les relations internationales en Europe (XVIIe-XVIIIe siècles)*, París 1992; I. Cluny, “La diplomatie portugaise...”, pp. 44-47; J. Juan Vidal y E. Martínez Ruiz, *Política interior y exterior de los Borbones*, Madrid 2001, pp. 34-42; E.A. Brazao, *A diplomacia portuguesa nos seculos XVII-XVIII*, Lisboa 1980, II: 1700-1750, pp. 209 y ss.

⁷¹ A. Caetano de Sousa, *Historia Genealógica*, núm. 103.

⁷² La posición diplomática portuguesa se debió en gran medida a factores circunstanciales y tácticos, y estuvo escasamente acompañada de una justificación teórica. N.G. Monteiro, “Identificação...” y *D. José*, Lisboa 2006.

dependían siempre de esta condición: de su utilidad para evitar el aislamiento militar y diplomático. Es natural que en estos primeros momentos se estrecharan las relaciones entre Austria y Portugal⁷³. Sin embargo, cuando Juan V fue invitado por Francia e Inglaterra para entrar en la Cuádruple Alianza, el rey rehusó porque en ese momento sus intereses, sin descuidar las alianzas continentales, estaban centrados en Brasil⁷⁴. El monarca lusitano tampoco puso fin a las relaciones con Viena, incluso desempeñó un interesante papel de mediación entre el emperador y la Santa Sede⁷⁵.

María Ana de Austria cumplió con la misión fundamental de las reinas de dar continuidad a la dinastía⁷⁶. De su matrimonio con Juan V nacieron siete hijos y tres de ellos llegaron al trono: José I, rey de Portugal, se casó con la infanta española María Ana Victoria; Bárbara de Braganza fue reina consorte de Fernando VI; y Pedro III sería proclamado rey de Portugal⁷⁷. A través de la reina de Portugal, Felipe V enlazó a su familia con la Casa de Austria, una vez que fracasaron los matrimonios austriacos que pretendió Isabel de Farnesio a través de Ripperdá en el marco de la Paz de Viena. En la década de los veinte del siglo XVIII se reanudaron los matrimonios hispano-portugueses que unían otra vez a las Cortes de Portugal, España y Austria: repetían dos actores, Juan V y Carlos VI, aunque éste último desde un escenario diferente; y había un protagonista nuevo, Felipe V de Borbón, distanciado ahora de Francia.

María Ana de Austria no solo fue reina consorte sino que también llegó a gobernar, sobrevivió a su marido y actuó unos meses de regente en la década de los cincuenta. Cuando el rey falleció el 31 de julio de 1750 heredó la corona

⁷³ M. Alcina Ribeiro Correia, *Sebastiao José de Carvalho e Mello na Corte de Vienna de Austria. Elementos para o estudo da sua vida pública (1744-1749)*, Lisboa 1965.

⁷⁴ Vizconde de Carnaxide, *D. Joao V e o Brasil*, Lisboa 1952, p. 15.

⁷⁵ M. Alcina Ribeiro Correia, *Sebastiao José de Carvalho e Mello...*, pp. 55 y ss.

⁷⁶ M.P.M. Lourenço, “As instituições de assistência das Casas da Família Real: a «misericórdia» e a «graça» régia”, en L. Abreu (coord.), *Asistencia y en caridad como estrategias de intervención social: Iglesia, Estado y Comunidad (siglos XV-XX)*, San Sebastián 2007, pp. 173-184, y “The Household of Portuguese Queens in Modern Times: Patronage and Powers”, *Journal: Mediterranean Studies* 14 (Manchester 2005), pp 17-26.

⁷⁷ E. Flórez, *Memoria de las Reinas Católicas*, Madrid 1761, II, p. 1016; ; edición moderna: Valladolid 2002, 2 vols.

portuguesa su joven hijo José I. La reina portuguesa de la Casa de Austria murió pocos años después en Belém, el 14 de agosto de 1754, pero su corazón regresó a Viena, a la Cripta imperial en la que están enterrados los Habsburgo austriacos.